*Mejores Políticas Públicas # Argentina 2*
**Ricardo López Murphy (ed.), Enero 2015**

**Educación: Las Dos Caras de la Moneda**
**Págs. 125-132.**
**Por Edgardo Zablotsky**[1]

Según las últimas cifras oficiales, en 2013 las escuelas primarias públicas de todo el país perdieron 49.094 alumnos. Esta cifra marca un nuevo récord en la caída de la matrícula de la escuela pública, una tendencia que se mantiene hace una década. Mientras tanto, la escuela privada continúa absorbiendo estudiantes.

Al respecto, Alieto Guadagni, director del Centro de Estudios de la Educación Argentina, señala que: "Es grave que el éxodo más importante se registre en primer grado. En 2003 había 675 mil alumnos inscriptos en escuelas estatales, mientras que en 2013 hubo apenas 549 mil: una disminución del 19%. La matrícula privada avanza especialmente en 1° grado, que es cuando las familias deciden el tipo de escuela que prefieren".

La pobreza del conurbano bonaerense resalta aún más este hecho. En él la caída en la primaria estatal alcanzó en 2013 el 11%. ¿Por qué? Probablemente por decisiones de padres en búsqueda de un mejor futuro para sus hijos, ya sea sacrificándose para acceder a escuelas de gestión privada o cruzando la General Paz. Ello es consistente con la migración hacia escuelas públicas de la CABA, las cuales, reporta Silvia Montoya-Directora de Evaluación de la Calidad Educativa de la ciudad, reciben en promedio un 10% de sus estudiantes de la Provincia, alcanzando el 29% en la comuna 12, lindera al conurbano (Coghlan, Villa Urquiza, Saavedra y Villa Pueyrredón).

Sin embargo, el ministro de Educación Alberto Sileoni minimizó el tema, afirmando que el descenso de la matrícula estudiantil en la escuela pública "es un elemento que tiene que ver con decisiones de la familia. Con el crecimiento económico -consideró- las familias toman decisiones respecto de la escuela privada y son decisiones que podríamos llamar ideológicas o confesionales". A lo que agregó que "en la escuela pública hoy hay 80 millones más de libros, hay 4 millones y medio de netbook; la escuela estatal pública argentina tiene brecha digital cero, hay aulas digitales móviles; estamos en ese trabajo".

---

[1]Vicerrector, Universidad del CEMA.
Email: eez@cema.edu.ar , web page: www.cema.edu.ar/u/eez , twitter: @edzablotsky

Más aún, frente a las exposiciones llevadas a cabo en el último Coloquio de Idea, Sileoni respondió: “Exhibimos con orgullo la reconstrucción del sistema educativo argentino, las leyes, la mayor cantidad de días de clase, el aumento de los salarios, el incremento de la inversión”.

La disociación entre la realidad educativa y el discurso oficial es obvia. Esta nota está dedicada a ilustrarla, pues no es posible revertir nuestra realidad educativa si no comenzamos por admitir que el discurso oficial poco tiene que ver con la misma.

Comencemos a construir nuestra foto. El analfabetismo en Argentina ha disminuido dramáticamente. Pensemos que en 1849, más del 80% de la población era analfabeta, hoy dicha tasa se encuentra por debajo del 3%.

Foto inmejorable, pero sólo en apariencia. Si bien nuestro nivel de analfabetismo siempre ha sido de los más bajos de Latinoamérica, el analfabetismo funcional probablemente se está incrementando, aún considerándolo en términos relativos a otros países de la región. La persona sabe leer y escribir, pero su capital humano en la sociedad actual es por demás limitado.

Desde el año 2000, cada tres años, la OECD, la cual agrupa a los países industrializados, lleva a cabo el Programa para la Evaluación Internacional de Alumnos (PISA), con el objeto de analizar hasta qué punto los alumnos de 15 años, cercanos al final de la educación obligatoria, han adquirido los conocimientos y habilidades necesarios para su inserción en la actual sociedad del saber. El mismo se divide en tres áreas, lectura, matemáticas y ciencias, y se caracteriza por no examinar el dominio de planes de estudios específicos, sino la capacidad de los estudiantes para aplicar los conocimientos y habilidades adquiridas en la vida cotidiana. Argentina tomó parte de las rondas de los años 2000, 2006 y 2009, al igual que otros países latinoamericanos, en carácter de país asociado.

En la ronda de 2006 participaron 57 países. La Argentina ocupó el puesto 52 en matemáticas (381 puntos), 51 en ciencias (391 puntos) y 54 en lectura (374 puntos), muy lejos de la media de 500 puntos de los países miembros de la OECD.

Si comparamos el rendimiento de los alumnos argentinos con sus similares de los restantes países latinoamericanos participantes: Chile, Uruguay, México, Brasil y Colombia, los resultados son casi sorprendentes. Chile encabeza el ranking en ciencias y lectura, seguido en ambos casos por Uruguay, intercambiando posiciones en matemáticas.

Argentina ocupa el cuarto lugar, superando solamente a Brasil y Colombia en matemáticas, se encuentra técnicamente empatada con ellos en el último lugar en ciencias y ocupa en solitario el último lugar en lectura. Lo que es aún más preocupante es el deterioro entre las rondas 2000 y 2006 tanto en nuestras escuelas públicas como privadas. En lectura, única sección comparable entre ambas rondas, dichos indicadores cayeron de 384 puntos en las escuelas públicas y 475 en las privadas a 342 y 434, respectivamente; mientras que en Chile, por ejemplo, subieron de 388 en las escuelas públicas y 435 en las privadas a 412 y 466.

Cuando en diciembre de 2007 se conocieron estos resultados, el ministro de Educación Daniel Filmus sostuvo que: “Chile y Uruguay tuvieron coherencia en las gestiones educativas y una tradición de trabajo fuerte. La Argentina, en cambio, tuvo 34 ministros de educación en 55 años”.

Por su parte, el secretario de Educación, Juan Carlos Tedesco, quien sucedería a Filmus días después, señaló que: “Estamos muy mal, especialmente en ese tramo de edad. Pero recordemos que PISA mide la historia educativa de alumnos de 15 años, que ingresaron en el nivel medio en plena crisis”.

Excusas razonables pero, como veremos, irán cambiando en cada una de las rondas subsiguientes y frente a la evidencia provista por cada una de ellas el ministro de turno deberá justificar por qué a Chile le ha ido tanto mejor.

Veamos lo sucedido tres años después. En 2009 participaron 65 países, la Argentina ocupó el puesto 54 en matemáticas, 57 en ciencias y 58 en lectura, nuevamente muy lejos de la media y deficiente en relación al resto de los países latinoamericanos: Chile, Uruguay, México, Brasil, Colombia, Panamá y Perú. Al igual que en 2006, Chile encabeza el ranking en ciencias y lectura, seguido en ambos casos por Uruguay, intercambiando posiciones en matemáticas. Argentina solamente supera con claridad a Perú y Panamá en cada una de las áreas bajo análisis. Para peor, Argentina se encuentra entre los países que más retrocedieron en la década, cayendo 20 puntos en lectura; no se discrimina escuelas públicas de privadas, dado que la caída se verifica en ambos segmentos.

En diciembre de 2010, al divulgarse estos resultados, la reacción del ministro de Educación Alberto Sileoni no fue distinta de las de Daniel Filmus o Juan Carlos Tedesco tres años atrás: “Chile encabeza en la región porque hace 20 años que viene invirtiendo en

educación, aún con las tensiones que esto le significa" y auguró: "Si nosotros persistimos en la inversión seguramente seguiremos mejorando". Es de notar que nuevamente Chile forma parte de la excusa de turno.

¿Aumentar la inversión? A fines de agosto de 2013 Alberto Sileoni destacó la decisión del gobierno nacional de incrementar desde 2003 la inversión en educación, aunque remarcó que ver esas mejoras en los resultados es un proceso que llevaría años y que, por supuesto, había que seguir trabajando en esa dirección: "Recién llegamos al 6.4% del PBI hace dos años. Países como Corea o Finlandia empezaron sus reformas en 1960. No es posible en dos años pretender que los resultados sean los de otros países que vienen llevando adelante este proceso desde hace mucho".

Una nueva excusa. Es claro que Corea o Finlandia, líderes mundiales en educación según la información generada por los exámenes PISA, llevan años invirtiendo en el área; pero, como bien señala BBC News, ningún otro país europeo ha progresado tanto desde 2000 a la fecha como lo ha hecho Polonia, quien invierte en educación alrededor del 5% de su PBI. El presupuesto no lo es todo, Polonia así lo demuestra.

Zbigniew Marciniak, Ministro de Educación polaco en el año 2000, declaró años atrás que Polonia utilizó la información provista por la primera ronda de exámenes PISA, llevada a cabo en ese entonces, para dar impulso a la reforma lanzada en 1999: "Sabíamos que teníamos problemas, pero la primera ronda de exámenes PISA nos mostró la magnitud de los mismos", a lo cual agregó: "PISA nos mostró que muchos de nuestros chicos olvidaban a los 15 años lo que habían aprendido en la escuela primaria". ¡Qué distinto a la Argentina, Marciniak no se escudó en excusas!

En 1999 Polonia modificó el programa de estudios, el sistema de evaluación de los alumnos y los niveles mínimos que se les exigía. También cambió el proceso de formación y la carrera docente. A partir de ese momento todo maestro debió superar cada una de las etapas de la carrera pedagógica, llegando al grado de profesor catedrático sólo los mejores docentes. Tres años después, en la ronda de PISA 2003, Polonia mostró una clara mejoría, la cual se corroboraría en las rondas 2006, 2009 y 2012. Hoy Polonia es un ejemplo de cómo un país pudo en tan sólo 10 años revertir su realidad educativa, reduciendo drásticamente el número de estudiantes de bajo rendimiento a pesar de invertir en

educación menos que países mucho más ricos. La inversión en educación es importante, pero no lo es todo. ¿Qué mejor prueba de ello que “el milagro” educativo polaco?

Sigamos construyendo nuestra foto de la disociación entre la realidad educativa y el discurso oficial sobre la misma.

El 11 de septiembre de 2013 el ministro de Educación Alberto Sileoni escribió en su cuenta de Twitter: “No decimos que estamos en el paraíso, pero hemos reconstruido el sistema educativo y estamos construyendo un país distinto”, es claro que los resultados de la ronda de exámenes PISA 2012, hechos públicos en diciembre de 2013, habrían de reflejar otra realidad, tan lamentable como las generadas por las rondas 2006 y 2009.

Argentina obtuvo el puesto 59 en matemáticas, el 60 en lectura y el puesto 58 en ciencias, sobre los 65 países participantes. El principal cambio es que en Latinoamérica Chile ahora encabeza el ranking en las tres áreas de la evaluación. Argentina ocupa el sexto lugar en matemáticas, superando solamente a Colombia y Perú; comparte técnicamente el quinto lugar en ciencias con Brasil y ocupa el penúltimo lugar en lengua, superando solamente a Perú, el peor país rankeado, sobre los 65 participantes, en cada una de las áreas.

¿Cuál fue la reacción oficial? La usual; cuestionar la evaluación, negar la realidad y proponer nueva excusas.

Ya unos meses antes de conocerse estos resultados, en marzo de 2013, Alberto Sileoni y sus pares de Brasil, Uruguay, Ecuador y Bolivia criticaron el Programa para la Evaluación Internacional de Alumnos (PISA) por no considerar la diversidad cultural de los países participantes: “Es necesario evaluar otra amplia gama de aprendizajes y aspectos de funcionamiento de nuestros sistemas educativos. Considerar otras dimensiones institucionales y características que den cuenta de las distintas identidades culturales existentes y de los procesos de política educativa vigentes en cada región o país”. A lo que Sileoni agregó: “No esperamos que modifiquen el cuestionario, sino que lean sus resultados atendiendo a las diferencias que tenemos con otros países. Da la sensación de que a veces se compara lo incomparable”.

¿Por qué cuestionar los resultados de una evaluación de calidad educativa aceptada en el resto del mundo? ¿Por qué dar la espalda a lo que casualmente nos demuestra que estamos haciendo las cosas mal?

Somos argentinos, somos los mejores y en educación ni que hablar. El único problema es que el Ministro cuestiona la unidad de medida aceptada por la mayoría de los países en los cuales sus habitantes gozan de un nivel de vida muy por encima del nuestro, de la misma forma que un obeso cuestiona la confiabilidad de su balanza en lugar de ponerse a dieta.

Es lamentable escuchar que no se puede medir con la misma vara a un niño de Finlandia con uno de nuestro país. Es admitir lo inadmisible. Todo niño tiene derecho a superar su condición social a través de la educación. Jamás habría que solicitar cambiar la unidad de medida, bajar la altura de la vara, sino que deberíamos esforzarnos por alcanzarla. ¿Partiendo de una peor posición? Por supuesto, pero no engañarnos afirmando que estamos mejor de lo que estamos, cuando los resultados se repiten una y otra vez.

Retornemos a nuestra foto. Como ya no es sorpresa, cuando en diciembre de 2013 se conocieron los resultados de PISA 2012, las excusas no se hicieron esperar. Alberto Sileoni declaró: “Hemos logrado mantener los niveles de desempeño de nuestros jóvenes, al tiempo que incorporamos 195.000 alumnos más a la Secundaria. Entre ellos, 45 mil chicos de 15 años, que constituyen la población que evalúa PISA”, y enfatizó que: “Argentina, junto a Chile, es uno de los países con mayor tasa de escolarización en el nivel medio: 82 por ciento. Como sociedad, hemos hecho un enorme esfuerzo para incluir a quienes históricamente estaban excluidos, sin renunciar a la calidad en los aprendizajes”.

¿Calidad en los aprendizajes? ¿Cómo alguien puede atreverse a hablar de calidad en los aprendizajes si la Argentina se ubicó en los últimos lugares entre los 65 países participantes? Esta negación de la realidad no constituye una excepción de su parte sino una constante a lo largo de los años; por cierto, no tan sólo en referencia a la información provista por las evaluaciones PISA:

19/10/11: “Hay miles de alumnos y educadores que prueban que la educación pública argentina está viva y en movimiento”.

2/8/12: “Queremos adherir al llamado de la Presidenta a luchar contra el desánimo. No es cierto que la secundaria argentina esté en una crisis perpetua”.

23/8/12: “Esta es, para nosotros, una década ganada en educación... porque no puede haber educación de calidad si no es para todos”.

31/10/12: “En mi exposición reivindiqué el estado de la educación argentina, el camino recorrido desde 2003”.
11/1/13: “El embajador Lamadrid (embajador de Cuba) dijo que la educación pública argentina es emblemática. Y la educación superior es un ejemplo en el resto de la región”.
4/7/13: “Esta provincia (La Rioja) es un ejemplo de cuánto avanzó la educación durante esta década ganada: más escuelas, más días de clase, mejores salarios”.
11/9/13: “Vamos a seguir hablando de década ganada, porque eso son, para nosotros, los 67 millones de libros que llevamos entregados”.
16/9/13: “Tenemos la certeza de estar en el camino correcto, en el camino de la justicia social; con mayor inversión en todas las escuelas del país”.
17/9/13: “Somos la primera generación que asume el compromiso de que todos sus hijos completen la educación secundaria”.

Es remarcable la consistencia de sus opiniones: el pasado 28 de abril el ministro manifestó que “en estos diez años hemos dictado una gran cantidad de leyes que han mejorado el sistema educativo” y el 16 de junio lo reafirmó: “Celebramos la pujanza del sistema educativo argentino que está en expansión y seguimos trabajando para una escuela pública de calidad”. Como ilustración es más que suficiente.

Uno de los personajes más infames de la historia dijo alguna vez que “una mentira repetida mil veces se convierte en una verdad”. Es preferible creer que este no es el caso y que Sileoni, y el gobierno del cual forma parte, piensan que su particular visión de la realidad es correcta.

Es claro, más allá de la peculiar visión del ministro que la educación en nuestro país se encuentra en crisis. Los resultados de los exámenes PISA, las usuales tomas de colegios secundarios; los días de clase perdidos por los habituales paros docentes; las actividades dentro de colegios de agrupaciones políticas; el éxodo de las escuelas públicas hacia instituciones privadas, aún por una franja de la población que dista de gozar de una buena posición económica; el círculo vicioso de la pobreza representado por beneficiarios de planes sociales incapaces de reincorporarse a la sociedad productiva en virtud de su déficit de capital humano, dada su falta de educación; el incremento en la criminalidad, muchas veces a manos de jóvenes que no han concluido su educación obligatoria y que tampoco trabajan; la resistencia de los sindicatos a realizar evaluaciones docentes a nivel nacional

que nos permitan conocer las calificaciones de aquellas personas encargadas de educar a nuestros hijos; la indudable pérdida de prestigio de la Escuela Superior de Comercio Carlos Pellegrini y del Colegio Nacional de Buenos Aires y el cierre durante semanas de colegios por la inseguridad, tanto de maestros como de estudiantes, son tan sólo algunos de los síntomas, plagiando a Guillermo Jaim Etcheverry, de una real tragedia educativa.

Hace 150 años Domingo F. Sarmiento revolucionó la educación en nuestro país importando ideas resistidas, por supuesto, en sus comienzos. La historia que dio origen al sistema de instrucción primaria de nuestro país comenzó con su estadía en Inglaterra en 1847, enviado a Europa por el ministro chileno de Instrucción Pública, Manuel Montt, para estudiar cómo funcionaba la educación en otros países. En Londres leyó un informe sobre el tema escrito por Horace Mann, el cual lo impactó y lo motivó a continuar su viaje a Estados Unidos para conocerlo. Sarmiento vio en Estados Unidos la imagen de lo que quería para la Argentina. Visionario utópico, deseo traer 3.000 maestras americanas; finalmente fueron tan sólo 65, 61 mujeres y 4 hombres, suficientes para fundar el normalismo en la Argentina y llevar nuestra educación al nivel de excelencia que permanece en el imaginario de muchos compatriotas.

Hoy es mucho más fácil hacerlo que hace 150 años. ¿Por qué no estudiar los requerimientos para ejercer la profesión y el proceso de formación docente en países líderes en las evaluaciones PISA? ¿Por qué afirmar, tal como lo ha hecho el Ministro de Educación, que “es incorrecto y prejuicioso pensar que un maestro tenga que estudiar en la universidad para estar calificado para ejercer su función?” ¿O acaso, como twitteo Alberto Sileoni el Día del Maestro en 2012: “Un buen educador es un militante que está comprometido con su trabajo”?

Había una vez un país en el cual un presidente, después de terminar su mandato, ocupó el cargo de Director General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires. ¿Quién otro que Domingo F. Sarmiento? ¿Se imagina Ud. a Cristina Kirchner o a Amado Boudou aspirando a un cargo similar? Ese es el real problema. Como bien señaló Juan José Llach en el Coloquio de Idea: “Es difícil encontrar un loco por la educación como Sarmiento”.

Argentina forma parte del mundo, es hora de reconocerlo, de dejar de comportarnos como el avestruz y de aprender de quienes hacen las cosas mejor que nosotros. Al fin y al cabo Chile siempre ha obtenido mejores resultados que Argentina en las distintas ediciones

de los exámenes PISA, convirtiéndose en la ronda 2012 en el país latinoamericano de mejor performance en cada una de las áreas de la evaluación. ¿Por qué en cada una de las rondas, el Ministro de turno se ha visto en la obligación de justificar nuestra diferencia en performance respecto al país vecino? ¿No es hora de dejar de criticar a Chile y estudiar qué es lo que ha hecho bien?

Dos caras de una misma moneda, nuestra realidad educativa y el discurso oficial sobre la misma. Negar la realidad educativa no ayuda a mejorarla; es necesario comenzar por aceptarla, esta nota ha intentado contribuir a ello.